
Agricultura familiar: caracterización, defensa y viabilidad

Javier Balsa¹

.....

Resumen

En este trabajo se aborda la agricultura familiar a través de tres cuestiones. En primer lugar, se brinda una definición de la agricultura familiar tendiente a despejar cierta proliferación de dimensiones incluidas en las definiciones vigentes. En la segunda parte, son consideradas algunas razones por la cuales habría que contribuir a su defensa. Y en la tercera, se abordan las fortalezas y debilidades de esta forma de producción para hacer frente a la competencia de las grandes unidades productivas, a fin de considerar su posible viabilidad en entornos capitalistas.

Palabras clave: agricultura familiar – forma de producción - racionalidad

Summary

This article deals with family farming through three issues. First of all, a definition of family farming is provided aimed at clearing some

1 Universidad Nacional de Quilmes – CONICET. E-mail: jjbalsa@unq.edu.ar; blog: jjbalsa.blog.unq.edu.ar.

proliferation of dimensions included in the current definitions. In the second part, some of the reasons by which should contribute to its defence are considered. And in the third part, the strengths and weaknesses of this form of production to cope with the competence of the large production units are analyzed, in order to consider its possible viability in capitalist milieu.

Key words: Family Farming – Form of production – Rationality

Introducción

En agosto de 2008 un grupo de especialistas, con el apoyo del IPAF-región pampeana del INTA, organizamos un taller sobre la agricultura familiar. Para impulsar el debate Miguel Murmis, con su agudeza habitual, nos lanzó la pregunta de “¿por qué nos importa tanto que estas unidades sean familiares?” Es decir, como él lo aclaró luego, porqué deberían protegerse este tipo de explotaciones, por alguna característica peculiar vinculada a su carácter “familiar” (de tipo moral o político), o simplemente por ser pequeñas unidades productivas y, en este caso, cabe interrogarse si no deberían ayudarse con independencia de su carácter familiar o no.² Volveremos sobre esta problemática al final del trabajo, ya que consideramos que lo familiar no es una cuestión menor a la hora de analizar la viabilidad de las pequeñas y medianas explotaciones. Sin embargo, queremos recuperar de la intervención de Murmis el espíritu de mantener una doble vigilancia epistemológica: ¿por qué pensar en determinados términos a la hora de categorizar a los productores rurales? y ¿cuál es la motivación, el sentido, de defender una específica forma de producción?

Estructuraremos este trabajo en tres partes. En la primera, procuraremos brindar una definición de la agricultura familiar, ya que consideramos que es necesario precisar conceptualmente esta cuestión ante una cierta proliferación de dimensiones incluidas en las definiciones vigentes. En la segunda parte, consideraremos algunas razones por la cuales habría que contribuir a su defensa, intentando responder al interrogante de

2 Desgrabación de las intervenciones en el “Taller de Discusión sobre Agricultura Familiar Pampeana”, organizado por el Instituto de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Pequeña Agricultura Familiar-Región Pampeana del INTA, el programa de Investigación y Desarrollo “La Argentina rural del siglo XX” de la Universidad Nacional de Quilmes y el Centro Interdisciplinario de Estudios Agrarios de la FCE de la UBA, el 28 de agosto de 2008 en Villa Elisa.

Murmis. Y en la tercera, abordaremos las fortalezas y debilidades de esta forma de producción para hacer frente a la competencia de las grandes unidades productivas, a fin de considerar su posible “viabilidad”.³

1. ¿Qué es la agricultura familiar?

Como plantean con claridad Landini, Lacanna y Murtagh (2011: 250-251), toda categorización genera tres efectos: la homogeneización interna (quedando en un segundo plano las diferencias), el aumento de la visibilidad de los límites entre categorías (resaltándose aquí las diferencias), y la fijación de las miradas en torno a ciertos temas particulares, usualmente aquellos utilizados para definir las categorías. De modo que, en primer lugar, tenemos que estar relativamente seguros de que las dimensiones que seleccionemos presenten una fundamentación teórica que permita presumir la validez de los agrupamientos, cortes y cuestiones a ser producidos en la categorización, al menos como hipótesis de trabajo que, ineludiblemente, luego tendrá que ser contrastada con datos empíricos. En este sentido, creo que no debe perderse de vista el sentido heurístico que las teorías cumplen en un espacio académico tan discutido como es el que aborda la cuestión agraria.⁴ De modo que toda tipología debe ponerse a prueba en términos de su utilidad para diferenciar a los sujetos categorizados (viendo cuán similares son al interior de las categorías y cuán diferentes son entre categorías) empleando para ello otra serie de dimensiones, diferentes de las utilizadas para construir la tipología.

En segundo lugar, considero que debemos evitar el exceso de dimensiones a ser incluidas en la categorización definitoria de la agricultura familiar. Muchas veces existe una clara violación al principio de parsimonia científico y se incluyen una larga lista de dimensiones que más que definir la agricultura familiar sirven para realizar diferenciaciones entre distintos subtipos de la misma. Estas dimensiones no definitorias, justamente, deberían valer para testear la utilidad de las tipologías propuestas, tal como planteábamos en el párrafo anterior.

3 La mayor parte de los apartados sobre la definición de agricultura familiar y su ventajas fueron discutidos y reelaborados en una anterior versión junto con Natalia López Castro, por lo cual quiero dejar aquí expresado mi agradecimiento a sus contribuciones.

4 Sobre la función heurística de las teorías, por contraste con su función explicativa, véase Saltalamacchia (1994).

En esta línea argumental, vamos a proponer una definición de agricultura familiar que intentará no excluir unidades productivas por características que no sean las estrictamente vinculadas con las tres dimensiones que propondremos a continuación como definitorias de la agricultura familiar. Dimensiones que, justamente, estarían directamente involucradas en el carácter “familiar” de las unidades. De modo que en la definición no van a considerarse ni el tamaño de las unidades, ni su capacidad económica, ni su vinculación con los mercados de insumos y productos, ni la tenencia del suelo, ni los lazos sociales que establecen los miembros de la familia con la comunidad local o la sociedad nacional, ni su actitud frente a las nuevas o antiguas tecnologías, ni la autodenominación de los propios productores, ni otras dimensiones no necesariamente pertenecientes a la idea de “lo familiar”.

Por lo tanto, al interior de esta categoría van a quedar unidades productivas de muy distintas características, desde pequeños campesinos pobres (incluso sin la propiedad de la tierra) hasta mediano-grandes productores dueños de la tierra y de importantes parques de maquinaria y/o ganado.

Por otro lado, la definición buscará ser estricta en la identificación de las características familiares, por lo cual algunas unidades que para muchas conceptualizaciones podían ser incluidas dentro de la agricultura familiar aquí van a quedar fuera, al menos del tipo-ideal definido. Obviamente cuando hablamos de “tipo-ideal” nos referimos a la propuesta metodológica elaborada por Weber y por lo que el término “ideal” no presenta ninguna valoración positiva, que podría confundirse a partir de cierto halo semántico propio de la idea de “lo familiar”.

En la realidad es habitual que se presenten formas más híbridas y flexibles; sin embargo, consideramos que resulta útil aislar estos elementos específicos en términos ideales para, desde allí, poder contrastar sus múltiples manifestaciones concretas. Dejamos en claro que existirá una amplia zona “gris” entre la agricultura familiar y las formas típicamente capitalistas de producción agraria, las que se opondrían punto por punto a las características de la producción familiar. En este espacio intermedio se encontrarían desde pequeñas explotaciones de tipo unipersonal hasta empresas que combinan el trabajo familiar con el asalariado y yuxtaponen elementos de una racionalidad formal con otros propios de la racionalidad familiar. Una tarea pendiente, en este sentido, será la de caracterizar a este tipo de unidades empresariales con algún tipo de componente familiar.

Entrando ya en el plano de lo definitorio, postulamos un rasgo central y dos rasgos conexos para identificar a las unidades familiares arquetípicas:

- Rasgo central: la familia conforma un equipo de trabajo
- Rasgos conexos:
 - en estas unidades no se explota trabajo asalariado, y
 - presentan una *racionalidad particular*, propia de la conjunción de (1) la integración entre unidad productiva y doméstica, (2) el papel que juega en la dinámica productiva-familiar la conservación del patrimonio familiar, y (3) la existencia de un proyecto de vida vinculado a la actividad agropecuaria y con un cierto modo de vida rural deseable.

Consideramos que el tipo arquetípico de unidad agraria familiar presentaría las tres características. Sin embargo, la conformación de la familia como equipo de trabajo sería la característica ineludible, ya que si este rasgo está presente podrían no darse en forma plena los rasgos conexos, pero seguir siendo una unidad familiar. Así, por ejemplo, podrían agregarse uno o, en todo caso, dos asalariados como ayuda y es probable que la mayor parte de las características propias de la agricultura familiar se mantengan. En igual sentido, el tipo de racionalidad económica podría no ajustarse estrictamente a los parámetros que comentaremos más adelante, pero el propio peso del equipo de trabajo familiar tendería a que la racionalidad no sea una meramente formal-capitalista. En cambio, sin que la familia se constituya como equipo de trabajo, la no presencia de trabajo asalariado no aseguraría los rasgos centrales de la agricultura familiar, ya que las labores agrícolas podrían estar completamente terciarizadas (sin asalariados, pero sin rasgos familiares). De modo similar, la ausencia de una racionalidad completamente formal no garantizaría que no estuviéramos en presencia de unidades organizadas en base al trabajo asalariado.

De todos modos, a pesar de esta relativa centralidad de la cuestión del equipo de trabajo familiar en la definición de la agricultura familiar, consideramos que corresponde agregar las otras dos dimensiones a la categorización ya que su ausencia debilita ciertos rasgos propios de la agricultura familiar. En primer lugar, la presencia de trabajo asalariado introduce cambios en la forma de calcular los costos de producción y en la propia posición de clase de los productores, de modo que se alejan del tipo-ideal. También el despliegue de una racionalidad de tipo formal-capitalista asemejaría a la explotación a una unidad empresarial y se

perderían ciertas conductas típicas de las unidades familiares, como su preocupación por mantener el patrimonio familiar, el hogar rural y un modo de vida distinto del urbano. Como comentaremos más adelante se generan procesos de refuerzo entre estas tres características, o de disolución de las mismas al ir modificándose alguna de ellas.

A continuación vamos a comentar brevemente cada uno de estos rasgos definitorios y cómo inciden en las particularidades típicas de las explotaciones familiares en contraste con las de tipo capitalista.

1.1. La familia conforma un equipo de trabajo

En las explotaciones familiares la familia *conforma un equipo de trabajo* en el que los diferentes miembros asumen distintas funciones y tareas. Esta característica distintiva, cuya explicitación puede parecer tautológica, merece ser recordada pues numerosos trabajos académicos continúan hablando de “explotaciones familiares”, cuando ya no hay una familia involucrada en el trabajo de la explotación. Esto implica dejar de lado del concepto a las unidades unipersonales, en las que una sola persona está a cargo de todas (o casi todas) las actividades productivas. Si bien históricamente la producción mercantil simple en la agricultura siempre estuvo asociada a la organización familiar del trabajo, recientemente la forma no familiar sino individual de desarrollar la producción ha comenzado a cobrar relevancia en las explotaciones pequeñas y medianas del agro pampeano y norteamericano, en las que, gracias a la elevada mecanización, el productor por sí solo, y a lo sumo con alguna ayuda, puede llevar adelante todas las tareas de la explotación.

Cabe aclarar que el requisito de la presencia de un equipo de trabajo familiar no implica que todos los miembros de la familia deban estar necesariamente involucrados en el funcionamiento de la explotación sino que, al menos, un grupo de los integrantes de la familia (nuclear o ampliada) lo esté. Tampoco se pretende soslayar, refiriendo a la existencia de un “equipo”, la ocurrencia de conflictos al interior de las familias, sino señalar la existencia de una forma de organización del trabajo que, muchas veces a través de la negociación, logra coordinar tareas y responsabilidades y superar las tensiones entre visiones encontradas en pos del sostenimiento de la explotación (tanto como fuente de ingresos e inserción laboral como en su dimensión de patrimonio).⁵

5 Tal como recuerdan Murmis y Feldman (2002) retomando a Simmel, las relaciones sociales no son solo de cooperación sino también de lucha.

Existe una combinación de distintos factores que promueven la constitución y perduración de este equipo de trabajo familiar. Aunque la mayoría de estos factores se hallan íntimamente vinculados, en un esfuerzo analítico, intentaremos diferenciarlos. En primer lugar, el propio proceso de socialización en el contexto de la explotación agrícola predispone a las nuevas generaciones a integrarse al equipo de trabajo a través de distintas y graduales formas de trabajo infantil. Así, los niños (y en menor medida las niñas) maduran en un contexto de trabajo agropecuario, que se internaliza como *el* estilo de vida. De este modo, la dedicación a las labores agropecuarias es el resultado “natural” de este proceso, luego de finalizada la educación formal. Entonces, los hijos de agricultores familiares aprenden su rol laboral (cuestión propia del proceso de socialización secundaria en el mundo urbano moderno)⁶ a lo largo de un *continuum* que no presenta rupturas con su socialización primaria. De este modo, se tiende a naturalizar la “opción” de dedicarse a la producción agropecuaria.

En segundo lugar, los propios lazos familiares favorecen la integración dentro del equipo de trabajo. Entre estos lazos, podemos distinguir un componente de tipo afectivo (basado en los vínculos que se establecen con padres, madres y hermanos/as) y un componente de tipo patriarcal (o, en ocasiones, matriarcal), estructurado en base a las relaciones de poder inherentes a las familias tradicionales (aunque las familias modernas no estén exentas de relaciones desiguales de poder). El esquema de equipo de trabajo suele implicar (aunque no necesariamente, pues hubo y hay esquemas estrictamente patriarcales) cierto grado de tomas de decisión en forma compartida. Así, la mujer y, a veces, los hijos e hijas mayores, aparecen cada vez más presentes e incidiendo en muchas decisiones que atañen a la dinámica de la explotación, aunque su actuación no resulte lo suficientemente visible ni reconocida (aun por las propias mujeres e hijos/as). Y esto se da, tanto porque se encargan de “la contabilidad”, como porque analizan y deciden en conjunto con su esposo/padre. Pero, también, especialmente en el caso de las mujeres (excluidas de este nivel estrictamente vinculado con las decisiones productivas principales), ellas tienen un papel clave en la dinámica de la unidad, porque están a cargo de la unidad doméstica, que se encuentra íntimamente vinculada con la unidad de producción para el mercado (algo que no ocurre cuando no hay yuxtaposición entre ambas unidades). Finalmente, podemos distinguir cuestiones vinculadas con el mero interés económico para explicar la integración dentro del equipo

6 Al respecto, véase Berger y Luckmann (1986).

de trabajo. Aquí encontramos desde la percepción de esta opción laboral como la más ventajosa en un contexto de escasas oportunidades reales (accesibles a los hijos/hijas) en la región donde se habita, hasta las expectativas de heredar a futuro el establecimiento familiar.

Y, en tercer lugar, la propia dinámica de la explotación familiar refuerza, de modo durkheimiano, la perduración del equipo de trabajo a través de la solidaridad mecánica (en tanto los miembros de la familia comparten la realización de tareas similares) y de la solidaridad orgánica (por la interdependencia generada por la complementación de funciones dentro de la unidad productiva y entre ésta y la unidad doméstica).

1.2. La no explotación de trabajo asalariado

En las unidades familiares arquetípicas *no se explota trabajo asalariado*, por lo cual no se percibiría plusvalía (al menos no en forma directa). Esto distinguiría a las explotaciones familiares de las capitalistas, ya que la presencia o ausencia de trabajo asalariado es el criterio fundamental que diferencia la pequeña producción mercantil de la producción capitalista. En este sentido, coincidimos con el planteo de Djurfeldt (1996) en el sentido de que el elemento distintivo de la *family farm* es, al menos, el predominio del trabajo familiar; frente a su desvalorización por parte de Errington y Gasson (1994) y otros autores argentinos postulan que continúan siendo familiares, unidades en las que el trabajo está a cargo de asalariados, debido a que la gestión está en manos de los miembros de la familia (lo que significaría, aunque no se explicita, que la clave sería que no hay un administrador ni un gerente a cargo).⁷

La falta de relaciones asalariadas no significa que el capital como recurso productivo se haya mantenido al margen de estas unidades familiares de tipo moderno. Por el contrario, a lo largo del todo el siglo XX se registró un aumento en la relación entre capital y unidad de superficie (que produjo un aumento de la productividad por unidad de extensión⁸) y, además, se incrementó la relación capital/trabajo (reduciéndose la cantidad de mano de obra necesaria, o, lo que es lo mismo, expandiéndose la capacidad de trabajar mayores superficies manteniendo constante el número de brazos). Sin embargo, la incorporación de

7 Una posición similar a la nuestra en este punto es la que presentan Azcuy Ameghino y Martínez Dougnac (2011: 40), más allá de que no compartamos su no registro de la persistencia de unidades familiares que diversifican la producción y las actividades.

8 Véase un primer análisis de este fenómeno en Lenin (1917: 59).

bienes de capital no es suficiente para definir una forma de producción como capitalista, ya que el capital no es una cosa, un mero recurso productivo, sino una relación social centrada en la explotación de trabajo asalariado (Marx, 1894, T. III, Cap. XLVIII; Shaik 1991, 35-42).⁹

1.3. Existencia de una racionalidad económica particular

En las explotaciones familiares habría una *racionalidad particular*, influenciada por tres factores: (1) la integración entre unidad productiva y doméstica, (2) el papel que juega en la dinámica productiva-familiar la conservación del patrimonio familiar (relacionado en general con la preservación del establecimiento), y (3) la existencia de un proyecto de vida vinculado a la actividad agropecuaria y con un cierto modo de vida rural deseable.

1.3.1. La integración entre unidad productiva y unidad doméstica

El primer factor que incide en la configuración de esa peculiar racionalidad, la coincidencia entre unidad de producción y unidad de consumo (Galeski, 1977), refiere a que las acciones de las familias productoras combinan en sus objetivos la reproducción, en las mejores condiciones posibles, de sus unidades productivas (para poder sostener e incluso expandir sus fuentes de ingresos y de recursos) y la satisfacción, también en la mayor medida posible, de las necesidades de consumo de la familia (más o menos básicas, dependiendo del momento del ciclo familiar y de la coyuntura económico-productiva por la que se esté atravesando). Todo esto en función de lo que Bisio y otros (2011) denominan un “proyecto familiar único”.

Esta conjunción se refleja, también, en la escasa distinción entre empresa y familia, entre “hacienda” (actividad orientada a cubrir necesidades) y “empresa” (actividad orientada a obtener ganancia), en términos weberianos (Weber, 1922:89). Es decir, que las tomas de decisión no se regirían en estos casos por parámetros estrictamente capitalistas de remuneración de los factores productivos y obtención de una tasa de ganancia media sino que, en sus objetivos últimos, intervendrían

9 Aunque algunos autores no formulan esta distinción y describen como capitalista a cualquier agro mecanizado. Incluso, esto parece sostenerse en Lenin cuando afirma que en la agricultura “la máquina avanza sin cesar, elevando la técnica de la explotación, tornándola cada vez más importante, más capitalista”. Sin embargo, en el mismo texto aclaraba que “el signo principal y el índice del capitalismo en la agricultura es el trabajo asalariado” (Lenin, 1917:107).

elementos extraeconómicos. No habría un cálculo económico estrictamente capitalista (D-M-D', sino M-D-M), al menos en los períodos de crisis. Y esto se mantiene, en algún grado, incluso en el actual contexto de avance del capitalismo e inmersión creciente de las familias en sus reglas de juego. Aún hoy, en muchos casos la disociación entre familia y empresa no se ha dado plenamente; y es posible hablar de una situación intermedia de racionalidad “formal”, orientada por la maximización de beneficios, pero limitada por objetivos familiares, y, en ese sentido, con elementos de racionalidad “material” (sobre esta distinción entre tipos de racionalidades, véase Weber, 1922).

1.3.2. La conservación del patrimonio familiar

El segundo factor que configura la “racionalidad familiar”, es el mantenimiento y resguardo del patrimonio familiar (material y simbólico) como objetivo central de la dinámica de la explotación (que es, en muchas ocasiones, también el emplazamiento del hogar familiar). En algunos casos ese patrimonio posee un carácter tradicional (en términos de un tipo ideal, extremo) y la familia actual se constituye en una especie de garante de la perduración del “sagrado” patrimonio familiar. En este sentido, la racionalidad puesta en juego en el manejo de la explotación es atravesada fuertemente por creencias que la alejan de una racionalidad completamente “formal” (perseguir la maximización de la ganancia/renta), y sería más adecuado hablar de una racionalidad “material” (guiada principalmente por el objetivo de garantizar la continuidad intergeneracional del establecimiento familiar). En esta misma línea, Friedmann (1978) plantea que el compromiso diferencial con la supervivencia de la empresa que caracteriza a la producción familiar se sustenta en valores más allá de la subsistencia económica, como el traspaso del patrimonio y los valores familiares.

Estudios de Salamon (1989 y 1992) muestran la persistencia de estos patrones de conducta económica guiada por la preservación del patrimonio, entre los descendientes de inmigrantes germanos y nórdicos en las planicies del Midwest, aún en la década de 1980.¹⁰ En el largo plazo, en las áreas estudiadas por Salamon (1989), la tierra fue quedando en manos de los productores *yeomen* (quienes tenían como objetivo central la reproducción de la explotación y su transmisión intergeneracional), mientras que los *entrepreneurs* (que pensaban la ex-

10 En el caso pampeano, Zeberio (1993) ha estudiado las fórmulas que emplearon los colonos para impedir la fragmentación, ya en las primeras décadas del siglo XX, frente a la legislación de subdivisión hereditaria.

plotación como un negocio que optimiza los retornos financieros en el corto plazo) fueron golpeados muy duramente por las crisis.

Este eje en la preservación del patrimonio resulta notorio en el caso en que exista una identidad entre explotación familiar y propiedad territorial, es decir, cuando la familia posee el campo en propiedad. Luego, existen situaciones intermedias, en los casos en que la tenencia en propiedad se reduce a una fracción menor del conjunto de tierras operadas, cuya mayor parte se encuentra en arriendo. De todos modos, en estos casos sigue siendo fácil identificar el objetivo de preservar ese núcleo en propiedad, especialmente cuando es la sede del hogar rural. En cambio, en los casos en que los campos son arrendados en su totalidad, existe una situación de mayor volatilidad y el patrimonio familiar se reduciría a la maquinaria, algunas mejoras trasladables y a un aspecto simbólico, identificable en la tradición de mantener una identidad como agricultores que se sostendría en forma intergeneracional a través de la transmisión de la “vocación” y la conservación del patrimonio en tanto un saber y un ser productores agropecuarios (Archetti y Stölen, 1975).¹¹

En el devenir de las trayectorias de las unidades familiares se ponen en juego diversos tipos de elementos, como las expectativas de reemplazo o traspaso/herencia, lo que es visualizado como deseable para el futuro de los hijos y de los padres, y la importancia atribuida a la conservación de la explotación en tanto patrimonio. Y el modo en que se conjugan e interactúan puede propiciar, tanto el fortalecimiento del proyecto familiar (en caso de que pueda llegarse a un equilibrio entre las necesidades y expectativas personales y económico-productivas de los miembros de la familia), como la aparición de miradas y objetivos divergentes intra e intergeneracionalmente, que requieren de la negociación y la definición de formas superadoras para evitar que el conflicto determine el final de la explotación.

1.3.3. El modo de vida rural

Vinculado a la conservación del patrimonio, encontramos un tercer factor: la incidencia sobre la lógica económica de las familias, del deseo de mantener un modo de vida rural. Los integrantes de las explotaciones mercantiles simples pueden presentar muy distintos modos

11 Un caso extremo de pérdida del patrimonio con preservación de una tradición agrícola serían las familias que perdieron su condición de productoras al tener que entregar los campos (en propiedad o arrendados) y que continuaron vinculados al sector constituyendo pequeñas empresas prestadoras de servicios de maquinarias pero manteniendo, al menos parcialmente, la conformación del equipo de trabajo familiar en torno al equipamiento propio.

de vida, sin embargo, en la medida en que estamos en presencia de unidades familiares, especialmente con el mantenimiento del equipo de trabajo familiar, es habitual que se conserve un modo de vida rural. Dentro de esta idea de modo de vida incluimos características particulares de un amplio conjunto de actividades propias de la vida cotidiana pero, además de los patrones de conductas observables y rutinarias, también queremos considerar los valores y actitudes que se imbrican en estas actividades, tal como propone Stebbins (1997:349). En esta línea de reflexiones, Mooney (1988) destaca que para el *family farmer* exitoso (en tanto dispone de recursos suficientes, no como el que califica de “marginal”), *farming* es un modo de vida, y no una forma de hacer dinero. Y, dentro de este modo de vida, le da centralidad a la independencia como un valor esencial.

Este modo de vida rural se constituye tanto en un medio como en un objetivo de la explotación familiar. Es un medio pues una serie de características propias del modo de vida rural facilitan la viabilidad económica de la unidad familiar (por ejemplo, los bajos niveles de consumo, un tipo de sociabilidad menos asociada con la ostentación y una mayor dedicación a la explotación propia de la residencia en la misma, entre otras características). Pero, al mismo tiempo, esta forma de vida se constituye en un fin en sí mismo, en tanto la familia realiza sus actividades procurando conservar la explotación, y el modo de vida asociado a la misma, a través de la adaptación de los estilos de manejo de la actividad a las diversas coyunturas.¹²

2. ¿Por qué preocuparnos por la agricultura familiar?

A continuación vamos a desplegar una serie de argumentos en favor de la agricultura familiar. La mayoría de ellos no son novedosos sino que formaban parte de una discursividad agrarista crítica de la concentración de la propiedad de la tierra y en favor de que la misma estuviera en manos “de quien la trabaja” que, en el caso argentino, fue el discurso predominante entre la década de 1930 y la de 1970. Solo con la derrota político-ideológica que se inició con la última dictadura militar y la posterior consolidación del neoliberalismo fue posible que, primero, se impugnaran estos saberes y que, luego, se los eliminara paulatinamente de la agenda pública e, incluso, de la académica. He-

12 Estas cuestiones las hemos analizado en Balsa (2006).

chas estas observaciones, cabe aclarar significan que no sea necesario revisar los fundamentos de esta discursividad agrarista, discutirlos y construir una nueva visión de la cuestión agraria que, imprescindiblemente, tenga en cuenta las condiciones tan diferentes a la realidad de casi medio siglo atrás.

Considero que existen dos tipos de razones por las cuales apoyar a la agricultura familiar: motivos de orden ético-políticos y motivos de orden económico.

2.1. Motivos ético-políticos

Podemos distinguir dos motivos de tipo ético-político. El primero sería aportar a la sustentabilidad y respeto al modo de vida de distintos sujetos que no desean modificar sus formas de producción y sus hábitos de vida. En este sentido, sería un motivo intrínseco al pluralismo democrático: los ciudadanos habitantes de un territorio serían quienes tendrían que tener el derecho a decidir cómo debería ser el uso del espacio. Claramente este derecho puede entrar en colisión con la dinámica del mercado capitalista, en especial el derecho a la libre inversión en la agricultura (tanto a través de la compra de tierras como a su arrendamiento en gran escala), por eso es importante que prime el derecho democrático-territorial por sobre la “libertad” del capital, y que este principio también sea un axioma clave en cualquier proyecto de desarrollo territorial. Volveremos sobre estas cuestiones a la hora de reflexionar sobre la viabilidad política de la agricultura familiar, pero ya podemos dejar planteado que dentro de los múltiples sujetos agrarios cuyos derechos correspondería respetar, podemos destacar tres grandes tipos, con sus yuxtaposiciones: las comunidades de pueblos originarios, los campesinos/as y las familias agricultoras “modernas”. Por distintas vías y métodos, las grandes unidades productivas están socavando sus derechos y violentando sus modos de vida y las bases territoriales de su sustentación. Lo que es sintomático es que, tanto en el pasado como en el presente, en relación a los pueblos originarios y a los campesinos, esta expansión se ha basado en la violencia más abierta y no en un triunfo meramente económico del capitalismo (aquí hay que desterrar el mito de la superioridad “natural” del capitalismo sobre otras formas de producción y de vida). La violencia expropiatoria ha sido la regla que precedió a la lógica de acumulación capitalista y fue, de hecho, su condición necesaria, de allí la necesidad de un concepto específico para poder comprender este proceso como es el de “acumulación primitiva

u originaria” (Marx, 1867: sección octava). Es que probablemente si los campesinos no hubieran sido, ni fueran actualmente, expropiados por la fuerza, podían persistir, como lo sostuvo Kautsky.¹³

Diferente es el caso de las formas de producción familiares “modernas”, en las que existe cierta tendencia a asimilarse con las formas capitalistas, a adoptar sus parámetros de racionalidad económica y a desvanecer el perfil familiar. De este modo, aquí sí se daría una relativa competencia en términos de la misma lógica de acumulación con las formas capitalistas, y éstas podrían “vencer” a las unidades familiares sin procesos violentos de expropiación, sino a partir de la propia lógica de acumulación del capital, por cierto con las peculiaridades que presenta en el sector agrario.¹⁴

Pero más allá de los métodos por los cuales los capitalistas consiguen controlar el territorio, consideramos que deberían ser los propios ciudadanos locales quienes decidan sobre cómo se debería producir y quienes lo deberían habitar.

El segundo motivo ético-político sería el de apoyar a una forma social de producción que no se basa en la explotación de clases, que podría, en el largo plazo, sumarse a otras formas de producción no estrictamente capitalistas, en la construcción de sociedades poscapitalistas. En términos más coyunturales, la presencia de las distintas formas de la agricultura familiar puede ser un modo de, junto con otros actores, contribuir a la consolidación de opciones político-ideológicas, al menos, posneoliberales. En el sentido de que, por su propia lógica económica y la lógica política necesaria para su defensa y expansión, estas formas de producción se constituyen contra la primacía del mercado como eje de la construcción de la sociedad y el uso del territorio.

13 “Si la explotación agrícola del pequeño campesino se sustrae a la esfera de la producción de mercancías y si constituye simplemente una parte de la administración doméstica, queda todavía fuera del radio de acción de las tendencias centralizadoras del modo de producción capitalista. Por irracional y dispendiosa que pueda ser su economía parcelaria, el campesino le es fiel como su mujer es fiel a esa administración doméstica miserable, que aun empleando el máximo gasto de fuerza de trabajo rinde resultados infinitamente mezquinos” (Kautsky, 1983: 198). Claramente este certero análisis se conjugaba en Kautsky con una crítica de tipo evolucionista al campesinado.

14 Ver Kautsky (1899), Mann y Dickinson (1978), y Goodman y Redclift (1985).

2.2. Motivos económicos

En cuanto a los motivos estrictamente económicos por los cuales defender a la agricultura familiar, podemos distinguir tres razones: de tipo productivistas, de tipo anticíclicas y de tipo mercado internistas. En cuanto a las razones del primer tipo, podemos afirmar que, en líneas generales, la agricultura familiar promueve una productividad por hectárea mucho mayor que las empresas capitalistas. Para dar empleo a todo el equipo de trabajo familiar, estas unidades diversifican su producción y tienden a sumar actividades intensivas en mano de obra (y menos extensivas que las hiperespecializadas empresas capitalistas) e incluso de agregado de valor en la explotación. Entonces, para el país en su conjunto (más allá de la rentabilidad individual de cada productor) es mucho más conveniente un agro poblado de centenares de miles de agricultores familiares diversificados y no un agro concentrado en unos millares de grandes productores capitalistas especializados.

En segundo lugar, en relación a los motivos anticíclicos, los agricultores familiares por sus inversiones fijas y su tendencia a defender el patrimonio familiar, su poca flexibilidad de empleo de la mano de obra familiar y su relativa estrechez de horizontes de alternativas de inversiones, cuando los precios de sus productos caen, tienden a mantener o, incluso, a aumentar sus niveles de producción. En cambio, los grandes productores realizan periódicas estimaciones de sus rentabilidades futuras y, frente a una caída de los precios y las ganancias esperadas, es muy común que reduzcan sus inversiones variables y, por ende, las superficies sembradas (tal como se observó en la región pampeana con la retirada parcial de los “pools de siembra” a fines de los años noventa). Por lo tanto, para la sociedad nacional es mucho más conveniente un agro en el que predominen las unidades de tipo familiar y no uno donde lo hagan las grandes unidades capitalistas, ya que se generaría una mucho mayor volatilidad en el nivel de producción global, con distintos efectos de agravamiento en las crisis económicas.

Por último, las unidades familiares dan empleo a una mayor cantidad de trabajadores por hectárea, que las grandes unidades capitalistas o los “pools de siembra”, por lo cual tienen mejor efecto sobre el tamaño de los mercados de trabajo y de consumo interno.

Pero, ¿es “viable” la agricultura familiar en un contexto capitalista?

3. Efectos de las características familiares sobre la competitividad de las unidades familiares

Vamos a analizar de qué manera cada una de las características definitorias de la agricultura familiar inciden en la menor o mayor capacidad competitiva de estas unidades en contexto capitalistas.

3.1. En cuanto a la no explotación de fuerza de trabajo asalariada

Al estar conformada la mano de obra en su totalidad por miembros de la familia a cargo de la unidad productiva, la fuerza de trabajo no es considerada como parte de los costos de producción (cuyo valor monetario estaría fijado en el mercado de trabajo capitalista). En cambio, la remuneración del trabajo de los integrantes de la familia es contabilizada dentro de los gastos de reproducción de la propia unidad doméstica. En este sentido, el costo laboral tendría un carácter relativamente fijo (no es posible expulsar fácilmente de la explotación a los miembros de la familia) y, simultáneamente, sería flexible (en años de bonanza la familia podría gastar mucho más que una retribución salarial, pero en años malos, podrían reducir los consumos por debajo de los niveles salariales de mercado).

De todos modos, este carácter fijo es relativo ya que los miembros de la familia pueden, por un lado, proletarizarse transitoriamente saliendo a buscar empleos eventuales (aunque en épocas de crisis las oportunidades escasean); por otro, los jóvenes pueden convertirse en trabajadores asalariados permanentes hasta que el ciclo familiar les permita pasar a estar al frente de las explotaciones; o, siguiendo una estrategia más autónoma, los miembros de la familia pueden directamente buscar horizontes laborales fuera de la explotación de forma permanente, tanto en el sector agropecuario como en empleos urbanos (por ejemplo, como es habitual en muchas zonas, las mujeres como maestras).

En estos dos últimos casos, los individuos pueden o no seguir formando parte del núcleo doméstico anclado en la explotación. En la medida en que sigan formando parte, nos encontraríamos con explotaciones familiares complejas, que combinarían ingresos agropecuarios e ingresos no agropecuarios.¹⁵ En estos casos, si bien aportarían a una

15 Sobre el papel de los aportes de otras fuentes de ingresos para el desarrollo de unidades de tipo familiar, en este caso apicultoras, puede consultarse Feldman y Murmis (2002).

mejor situación económica de la explotación, estos miembros ya no estarían disponibles para la realización de tareas eventuales en el establecimiento familiar. Ya ni siquiera funcionarían como parte de una “red social de sustento” en el sentido que hablan Cloquell, Propersi y Albanesi (2011:100), al referirse a la disponibilidad de mano de obra para algunos momentos adecuados. Pero, en los casos en que ya no se aportan ingresos al núcleo doméstico, estaríamos en presencia de procesos de fisión.

3.2. En cuanto a la organización de la familia como equipo de trabajo

El hecho de que las unidades familiares estructuren su organización del trabajo en forma de equipos genera dos tipos de ventajas económicas frente a las explotaciones basadas en la fuerza de trabajo asalariada. En primer lugar, estas unidades tienden a organizar la producción de modo de poder hacer el más amplio uso de la fuerza de trabajo familiar, por lo cual la productividad por hectárea suele ser mucho más elevada que en caso de las empresas de tipo capitalista. Como segunda ventaja, podemos señalar que los lazos familiares que unen a los integrantes del equipo promueven el despliegue de actitudes laborales particulares vinculadas con el compromiso de los miembros con un proyecto común. En este sentido, en líneas generales, los integrantes realizan las tareas con mayor dedicación, se ocupan más del mantenimiento, hacen un uso cuidadoso de los equipos y muestran cierta disposición al sobre-trabajo. Además, se reducirían notoriamente los costos de supervisión, ya que puede confiarse en que los miembros de la familia realizarán las tareas con especial dedicación y cuidado. Solidaridades, vínculos afectivos e intereses materiales se combinarían, entonces, para sostener situaciones de sobre-trabajo (al menos en períodos de crisis) y procurar mayor protección y cuidado por encima de los normales ritmos de trabajo y dedicación que aportan los trabajadores asalariados a las unidades capitalistas.

Como tercera ventaja, en estas unidades familiares existe poca o nula separación entre el trabajo intelectual y el manual, ya que los miembros realizan tanto el trabajo manual directo dentro de la explotación, como las funciones de planificación, administración y gerenciamiento. Más allá de que puedan incluir el aporte de profesionales especializados para asesoramiento técnico agropecuario o contable, las tomas de decisión y su concreción están en manos de la familia. En-

tonces, se reducen notoriamente los costos de coordinación, ya que en muchos casos el mismo sujeto planifica y ejecuta las acciones; y, cuando son sujetos distintos, existe una larga historia previa de coordinación de tareas entre los miembros de la familia, por lo cual resulta mucho más fácil la interpretación de las órdenes.¹⁶

3.3. En cuanto a la existencia de una racionalidad particular

La integración entre unidad productiva y doméstica otorga una mayor flexibilidad a los cálculos económicos de la explotación, ya que en casos de crisis pueden reducirse los consumos de la familia para permitir la continuidad de la unidad productiva. Inversamente, niveles de consumo más elevados y relativamente inflexibles por parte de la familia repercuten en la contabilidad de la unidad productiva.

En relación al objetivo de la conservación del patrimonio familiar, si éste fuera muy significativo para los integrantes de la familia es muy probable que acepten realizar importantes sacrificios en sus niveles de consumo y/o en sus ritmos de trabajo en pos de mantener este objetivo.

Por último, la existencia de un proyecto de vida vinculado a la actividad agropecuaria y a un modo de vida rural también tienden a reforzar el compromiso laboral con la unidad. Pero el mayor impacto que tiene este aspecto de la racionalidad de la agricultura familiar es que la vida rural promueve, en general, niveles de consumo más reducidos que los de la residencia urbana, por lo cual se incrementan los ingresos netos de la unidad doméstica/productiva. Además se torna posible cierta producción para el autoconsumo, que también reduce los gastos familiares.

4. Identidad y perdurabilidad de las formas familiares en contextos sociales capitalistas

El acoplamiento de las tres características que distinguen a las unidades familiares tiene consecuencias en el plano de las identidades sociales: se constituirían sujetos que trabajan en forma directa, no explotan asalariados, conforman un equipo de trabajo familiar, y poseen

16 Para más detalles acerca de la incidencia de los problemas de coordinación y supervisión en el funcionamiento y competitividad de las unidades productivas, ver Madden (1967).

un modo de vida rural y tienen como objetivo vital la perpetuación de la misma como parte del patrimonio familiar. En este sentido, habría una tendencia hacia autodefinirse como “trabajadores” y no como “patrones”, hacia considerarse “independientes” tanto del capital como del trabajo asalariado, “de campo” (y no de ciudad), y “continuadores de una tradición/establecimiento familiar”. Tenderían, además, a crear una particular subjetividad en la medida en que cuenten con una tradición cultural que celebre este esquema, y condiciones de vida que hagan atractiva esta opción vital (estas son importantes diferencias entre la cultura agraria norteamericana, con sus múltiples representaciones de la vida de los *farmers* y la carencia de celebraciones culturales de los chacareros en la Argentina, pero también con condiciones de vida históricamente muy distintas).¹⁷ Entonces, si bien el núcleo de nuestra definición de la agricultura familiar se centra en cuestiones de orden socioeconómico (cómo es la organización social del trabajo), su permanencia temporal se vincula estrechamente con cuestiones de tipo identitario que impulsen la continuidad intergeneracional.

Los rasgos analizados suelen combinarse y potenciarse mutuamente en contextos típicamente familiares. Así, por ejemplo, la residencia en la explotación fortalece la identificación entre unidades de producción y consumo, y ambas refuerzan la idea del patrimonio familiar como bien a preservar y engrandecer a través del sacrificio de todos los miembros de la familia trabajando como un equipo. Esto, a su vez, se potencia por la posibilidad de su herencia, al tiempo que el vivir y trabajar en conjunto suele incrementar los lazos afectivos y funcionales (orgánicos y, también, mecánicos).

En cambio, deslizamientos en algunas de estas características debilitan los aspectos que distancian a las unidades familiares respecto de las típicamente capitalistas, y tienden a favorecer modificaciones en otros rasgos. De este modo, la radicación urbana de la familia, y la consiguiente diferenciación entre unidad de producción y unidad de consumo, no solo impacta en la mercantilización de los consumos y en un cambio en la racionalidad económica sino que, también, va a impulsar cambios en torno a la disolución de la familia como equipo de trabajo, ya que, por ejemplo, los miembros que menos trabajan van a tender a no viajar a la explotación en forma diaria. Asimismo, los nuevos horizontes vitales que se abren con la vida urbana pueden tender a desplazar la preservación del patrimonio familiar, del centro de las preocupaciones de las nuevas generaciones. De modo similar, la incorporación de al-

17 Ver detalles en Balsa (2004).

gunos peones asalariados promueve la adopción de una racionalidad de tipo capitalista, con la percepción de plusvalía y la apertura hacia nuevas posibilidades educativas y profesionales para las nuevas generaciones.

Si bien algunos de estos movimientos tienen consecuencias positivas en términos de calidad de vida, eficiencia económica y otras características propias de un proceso de “modernización” (por ejemplo, un mayor acceso a niveles más altos de educación, a servicios de salud, a medios de comunicación, actitudes más empresariales, entre otras), en el mediano plazo provocan una reducción en las ventajas comparativas (en términos de capacidad de competencia) propias de las explotaciones familiares en relación con otro tipo de unidades agropecuarias. Por otra parte, en nuestro país, ese proceso “modernizador” ha tenido un carácter urbanizante que ha limitado las posibilidades de las familias de permanecer en el medio rural, generándose una retroalimentación negativa que fue haciendo cada vez más costosa y penosa la vida de aquellos que permanecían viviendo en el campo; al tiempo que se reducía la presión política de estos residentes para obtener atención a sus necesidades. En particular, han tenido gran incidencia en este proceso las deficiencias de infraestructura vial, de prestación de servicios públicos básicos y de acceso a la educación pública en gran parte del ámbito rural. Si bien en la región pampeana el acceso a servicios como electricidad y comunicaciones ha mejorado en los últimos años, los problemas con la calidad y cantidad de caminos rurales y el escaso número de escuelas (sobre todo secundarias) limita la permanencia de la totalidad de la familia en la explotación, y el trasladarse al pueblo más cercano se vuelve una necesidad para asegurar la educación de los hijos.

5. Reflexiones finales

Hemos visto que las características familiares son claves para explicar y, a futuro, permitir la persistencia/resistencia de las pequeñas e, incluso, las medianas unidades productivas en un contexto de creciente competencia por parte de grandes unidades productivas. En este sentido, la continuidad de este tipo de unidades requiere de políticas diseñadas para favorecer su persistencia/resistencia y que, por los motivos señalados, deberían apuntar no sólo a una mejora en la rentabilidad de las unidades (al estilo de lo que Mançano Fernandes (2004) identifica con el paradigma del Capitalismo Agrario), sino también a consolidar

este perfil familiar. Así, por ejemplo, una política tendiente a incrementar salarios, condiciones de contratación registrada y otras mejoras en la situación de los asalariados rurales, por más que a primera vista podría perjudicar a los pequeños o medianos productores que eventualmente los contraten, reducirán en mucha mayor medida la rentabilidad de las unidades de tipo capitalista, por lo cual incrementarán la competitividad de las explotaciones familiares. Adicionalmente estas políticas permitirían contribuir a consolidar un bloque político-ideológico entre los asalariados rurales y las familias agrícolas.

En cuanto a la consolidación de la familia como equipo de trabajo, pueden pensarse innumerables políticas que contribuyan a la capacitación, generación de producciones y servicios alternativos que pueden brindar los distintos integrantes de las familias agrícolas (o, en este caso, mejor dicho rurales). La clave es la diversificación y el incremento de la productividad por unidad de superficie.

En relación con los tres factores que conforman una racionalidad particular, las políticas también pueden ser muy diversas. Por ejemplo, para consolidar la simbiosis entre unidad productiva y unidad doméstica deberían mejorarse las condiciones de vida en el ámbito rural y posibilitarse el acceso a lo que hoy se visualizan como servicios solo disfrutables con una residencia urbana. Mejores caminos rurales, transportes escolares, escuelas agropecuarias, espacios de revalorización de la cultura rural, servicios de electricidad, acceso a internet, espacios de sociabilidad rurales, medios de comunicación propios que refuercen las identidades rurales, etc. con seguridad permitirían mantener la residencia rural y el modo de vida característico. En cuanto a la cuestión patrimonial, habría que consolidar el acceso a la tierra. En el caso de aquellos productores que aún no tienen títulos de propiedad, efectivizar este derecho. En el caso de los productores que tienen dificultades para alcanzar escala productiva por la competencia de las grandes explotaciones que pueden ofrecer mejores cánones de arriendo, sancionar una legislación que las limite.

Identificar estrictamente a los productores familiares no implica que ellos sean los únicos a quienes haya que defender a través de políticas públicas, ya que, a nuestro entender, para la consolidación de un modelo agrario que frene el proceso de concentración también hay que desarrollar políticas en favor de los medianos, e incluso, los mediano-grandes productores con perfiles empresariales, muchos de los cuales son chacareros aburguesados o sus descendientes (Balsa, 2006). En la particular coyuntura de la Argentina actual, considero que debería lo-

grarse una alianza entre todos los afectados por la expansión de las mega-empresas: desde los campesinos y comunidades originarias que están siendo desalojados de sus tierras, pasando por los agricultores familiares más integrados al mercado, hasta las medianas empresas productoras de *commodities* que están perdiendo posibilidades de alcanzar escala productiva, al serles arrebatados los lotes que tradicionalmente arrendaban, por las mejores ofertas de alquiler que pueden realizar las mega-empresas agrarias. En fin, las medidas posibles son muchas, lo importante es poder recuperar la idea de que tienen que ser los ciudadanos y ciudadanas quienes diseñen y controlen el territorio y no las meras leyes del mercado.

Bibliografía

- Abramovay, R. (1998), *Paradigmas do capitalismo agrário em questão*, Editorial Hucitec-Editora da Unicamp, Campinas.
- Archetti, E. y K.A. Stölen (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Azcuy Ameghino, E, y G. Martínez Dougnac (2011), “La agricultura familiar pampeana no es un mito, pero es cada vez más un recuerdo”, en N. López Castro y G. Prividera (comp.), *Repensar la agricultura familiar*, Buenos Aires, CICCUS.
- Balsa, J. (2004), “Transformaciones en los modos de vida de los chacareros bonaerenses en la segunda mitad del siglo XX y su contraste con los farmers del Corn Belt norteamericano”, en Galafassi, G. (comp), *El campo diverso. Enfoques y perspectivas de la Argentina Agraria del siglo XX*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Balsa, J. (2006), *El desvanecimiento del mundo chacarero*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal,.
- Berger, P. y T. Luckmann (1986), *La construcción social de la sociedad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Bisio, C, D. Cáceres, G. Ferrer, F. Silvetti y G. Soto (2011), “Los impactos de la agriculturización en el norte de Córdoba. Descampesinización y persistencia”, en N. López Castro y G. Prividera (comp.), *Repensar la agricultura familiar*, Buenos Aires, CICCUS.
- Chayanov, A. (1985) [1924], *La organización de la unidad económica campesina*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Cloquell, S., P. Propersi y R. Albanesi (2011), “Algunas reflexiones acerca de la producción familiar pampeana”, en N. López Castro

- y G. Prividera (comp.), *Repensar la agricultura familiar*, Buenos Aires, CICCUS.
- Djurfeldt, G. (1996), "Defining and operationalizing family farming from a sociological perspective", *Sociologia Ruralis*, Vol. 36, N° 3.
- Errington, A. y P. Gasson (1994), "Labor use in the farm family business", *Sociologia Ruralis*, Vol.34, N° 4.
- Errington, A. (1996), "A coment on Djurfeldt's definition of family farming", *Sociologia Ruralis*, Vol. 36, N° 3.
- Feldman, S. y M. Murmis (2002), "Las ocupaciones informales y sus formas de sociabilidad: apicultores, albañiles y feriantes", en S. Feldman y otros, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, Biblos.
- Friedmann, H. (1978), "World market, State and Family Farm: Social bases of household production in the era of ware labor", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 20, N° 4, pp. 545-586.
- Friedmann, H. (1980), "Household Production and the National Economy: Concepts for the Analysis of Agrarian Formations", *Journal of Peasant Studies*, 7 (2), pp. 158-184.
- Galeski, B. (1977), *Sociología del campesinado*, Península, Barcelona.
- Goodman, D. y M. Redclift (1985), "Capitalism, Petty Commodity Production, and the Farm Enterprise", *Sociologia Ruralis*, vol. 25, núm. 3/4.
- Kautsky, K. (1989) [1899], *La cuestión agraria*, Siglo XXI, México.
- Landini, F, M.C. Lacanna y S. Murtagh (2011), "Presencias y olvidos en la categoría de 'agricultura familiar'. Un abordaje psicosocial", en N. López Castro y G. Prividera (comp.), *Repensar la agricultura familiar*, Buenos Aires, CICCUS.
- Lenin, V. I. (1960) [1917], "Nuevos datos sobre las leyes de desarrollo del capitalismo en la agricultura, El capitalismo y la agricultura en Estados Unidos de Norteamérica", *Obras completas*, T. XXIII, Cartago, Buenos Aires.
- López Castro, N. (2012), *Persistencia en los márgenes. La agricultura familiar en el sudoeste bonaerense*. Buenos Aires, CICCUS.
- Madden, P. (1967), "Economies of size in farming", *Agricultural Economic Report N° 10- USDA*, reimpresso por el Department of Agricultural Economics & Rural Sociology, Pennsylvania State University, mimeo.
- Mançano Fernandes, B. (2004) "Cuestión Agraria: conflictualidad y Desarrollo territorial". Disponible en: <http://www.landaction.org/>

- Mann, Susan y J. Dickinson (1978), "Obstacles to the Development of a Capitalist Agriculture", *Journal of Peasant Studies*, vol. 5 (4).
- Marx, K. (1983) [1867/1894], *El capital*, Editorial Cartago, Buenos Aires.
- Mooney, P. (1988), *My own boss. Class, Rationality and the family farm*, Rural Sociological Society, Westview Press, Boulder, Colorado, USA.
- Murmis, M. (1992), "Tipología de pequeños productores campesinos en América", en Posada, M. (comp.), *Sociología Rural Latinoamericana. Hacendados y campesinos*, CEAL, Buenos Aires.
- Murmis, M. y S. Feldman (2002), "Formas de sociabilidad y lazos sociales", en S. Feldman y otros, *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires, Biblos.
- Muzlera, José (2009), *Chacareros del siglo XXI. Herencia, familia y trabajo en la Pampa Gringa*, Buenos Aires, Imago Mundi.
- Salamon, S. (1992), *Prairie Patrimony. Family, farming and community in the Midwest*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press.
- Salamon, S. (1989), "Persistence among Middle-range Corn Belt Farmers", en Gladwin, C. y K. Truman, *Food and Farm, Current Debates and Policies*, Monographs in Economic Anthropology, N° 7, University Press of America, Lanham.
- Saltalamacchia, Homero. "Historia de vida y reconstrucción articulada: reflexiones teórico-metodológicas a partir de una experiencia de investigación", en *Círculos de reflexión latinoamericana en Ciencias Sociales. Cuestiones de teoría y método. SUPLEMENTOS*, n° 45, Barcelona, septiembre 1994.
- Shaikh, A. (1991), Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Stebbins, Robert (1997), "Lifestyle as a generic concept in ethnographic research", *Quality & Quantity*, Vol. 31 (4), Noviembre de 1997; p.p. 347-360.
- Weber, M. (1984) [1922], *Economía y Sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México.
- Zeberio, B. (1993), "La situación de los chacareros arrendatarios en la Pampa Húmeda, una discusión inacabada", en Mandrini; R. y A. Reguera (comp.), *Huellas en la tierra, indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*, IEHS, Tandil.

Agricultura familiar: caracterización, defensa y viabilidad

Fecha recepción: 13/3/2012

Fecha de aceptación: 22/5/2012